

correspondía estrechar y robustecer dicha unión. «Cumpliréis esta obra, terminaba, como súbditos fieles, como franceses leales, y no os faltará el apoyo de vuestro Rey, ni el reconocimiento público». En la discusión del mensaje, sin embargo, hubo un incidente en la Cámara de los pares, que permitió entrever las ocultas intenciones del Monarca. El príncipe de Polignac, tan desafecto á la Carta, regresó otra vez de Londres, para declarar que «las instituciones armonizaban acertadamente la autoridad real con una justa independencia de la nación; por ello, añadió, su conciencia y su convicción le habían aconsejado contraer el compromiso de concurrir al mantenimiento de las mismas». Interpretáronse estas palabras como una especie de prenda que Polignac brindaba á la opinión ante la expectativa de ser llamado al poder, y las gentes se inquietaron; ¡conocían bien al personaje! El recelo público aumentó viendo que, al votarse el mensaje en la asamblea popular, la derecha se abstuvo, casi en masa, aunque aquel documento no contenía sino expresiones de adhesión y reconocimiento al Monarca.

El nueve de Febrero, Martignac presentó á los diputados dos proyectos, reformando en sentido descentralizador las leyes municipal y provincial. No habiendo consentido Carlos X que los dos proyectos se separasen, el ministerio deseaba, al menos, discutir primeramente el municipal. Los liberales se oponían. Aparentaban tener confianza en el lenguaje constitucional del Rey; pero, en el fondo, prevenidos con razón, creían necesario comenzar por la ley provincial, para crear en los departamentos centros de resistencia que oponer á los golpes de Estado. El ponente de la comisión, Dupin, pidió, cediendo á las instancias de Martignac, la prioridad para la ley municipal. El grupo Agier, fracción de la derecha coligada con la izquierda, siguió á Dupin; pero la izquierda, parte del centro izquierdo y casi toda la derecha, votaron en contra: la izquierda por razón de principios, la derecha sólo por táctica. El Rey había empujado á los diputados de la derecha, «conspirando con ellos», como dice Duvergier de Hauranne, en perjuicio de su propio ministerio. El golpe era decisivo, y el Rey experimentó vivísima satisfacción al tener noticia de la derrota del gobierno. Martignac, á pesar de todo, sostuvo la discusión con su talento ordinario, pero con menos energía que otras veces: cohibido por el Rey, puede decirse que luchaba atado. La derecha arrojó la máscara en el curso del debate; elogió la tradición absolutista del Imperio, y rechazó sin reservas el principio electivo. La izquierda realizó varias tentativas de conciliación, aprobadas por el mismo Lafayette; Carlos X las hizo abortar, y el ministerio retiró los dos proyectos el ocho de Abril.

Martignac no cayó inmediatamente: el Rey lo mantuvo en el poder el tiempo necesario para votar el presupuesto; mas, sin esperar siquiera al término de la legislatura, llamó nuevamente á París al príncipe de Polignac, en quien pensaba como alma del futuro gabinete. Desde el fracaso de Martignac, era general el presentimiento de que se preparaban graves sucesos, y el general Lamarque, que aspiraba á ocupar en la política el puesto

que dejara vacante su colega Foy, no se retrajo de decir en la tribuna parlamentaria: «Mil rumores siniestros circulan en la capital y esparcen la alarma en los departamentos. Se teme una nueva opresión; se cree en posibles violaciones de la Carta..... en golpes de Estado, que meditan ministros caídos para recuperar el poder. Restos escapados á tantos naufragios, no queremos tentar aún á Dios. Sabemos, por funesta experiencia que los pueblos tienen también sus golpes de Estado». La legislatura se cerró el treinta y uno de Julio, y el nueve de Agosto verificó su aparición en el *Monitor* un nuevo ministerio, en gendro desgraciado del odio y la torpeza.

Polignac, en el departamento de Negocios Extranjeros, recordaba las locuras de María Antonieta la víspera de la toma de la Bastilla. Hijo de la amiga de aquella reina, su solo nombre era impopular desde la Revolución. Comprometido en el complot de Cadoudal, preso y condenado á muerte, se libró del suplicio por la intercesión de Josefina. En mil ochocientos quince, protestó contra la Carta y resistióse mucho tiempo á prestar juramento de obedecerla. Ligado estrechamente al conde de Artois, fué, durante el reinado de Luis XVIII, uno de los miembros del contragobierno secreto del pabellón Marsán, y desde que subiera al trono Carlos X, había sido el autor ó el favorecedor de las medidas más reaccionarias, como, por ejemplo, la ley restableciendo el derecho de primogenitura. Su estancia en Londres, como particular y como embajador, nada le enseñara. Hombre de mediana inteligencia, estaba muy pagado de sí mismo y era un místico, un iluminado, que creía recibir directamente inspiraciones de la Virgen, imaginándose que se le había aparecido y exhortádole á salvar á Francia. Sus recientes protestas de adhesión á la Carta no convencieron á nadie, pues todo el mundo recordaba su conducta anterior. La cartera de Gobernación, que diríamos en España, se dió á La Boudennaye, el jefe, años atrás, de la mayoría ultra-realista, el cual, después de extraños cambios debidos á empeñadas luchas sostenidas contra Villele, había vuelto á ser el hombre del *Terror blanco* de mil ochocientos quince. En fin, en el ramo de Guerra, se vió con estupefacción á Bourmont, el traidor frente al enemigo, el jefe militar que, el día mismo de la batalla de Charleroi, abandonó su división para pasarse á las filas contrarias, el mismo que, poco después, desempeñara un papel más innoble y vergonzoso todavía en el proceso del mariscal Ney. El ministerio entero para Francia estaba en los tres nombres citados. El almirante Rigni rehusó la cartera de Marina, para no firmar al lado de Bourmont. La significación del gabinete era tan opuesta al sentimiento nacional como á las aspiraciones liberales. El duque de Angulema dijo á uno de sus íntimos: «Esta es una aventura, y á mí no me gustan las aventuras; nunca nos han traído nada bueno». Metternich exclamó: «Ese cambio de ministerio reviste capital importancia. Todos los nuevos consejeros son realistas puros. El acontecimiento tiene el valor de una contrarrevolución». Y Bertin escribía en el *Diario de los Debates*: «He ahí roto otra vez el lazo de amor y de confianza que unía al

Rey con su pueblo. He ahí á la corte con sus inveterados rencores, al sacerdocio con su odio á la libertad, á la emigración con sus prejuicios, que se colocan nuevamente entre el monarca y el país». Preguntándose en seguida dónde irían á buscar apoyo los ministros contra la cólera del pueblo, Bertin continuaba: «¿Lo buscarán en las bayonetas?.... Las bayonetas hoy son inteligentes; conocen y respetan la ley..... La Carta goza de una autoridad en que se estrellarán los esfuerzos del despotismo. El pueblo paga mil millones por respeto á la ley; no pagará dos millones por obediencia á los decretos de un ministro. ¡Desventurada Francia! ¡Rey infortunado!» «¡Collentra! ¡Waterlól! ¡Mil ochocientos quince!, decía en otro artículo; en esas tres palabras se compendian los principios del ministerio. Retorcedle, exprimidle; no destilará sino humillaciones, desgracias y peligros». Perseguido ante los tribunales el valiente periodista, fué condenado en primera instancia á quinientos francos de multa y seis meses de cárcel; pero, apelada la sentencia, quedó sin efecto.

Los liberales prepararon medidas de resistencia contra los próximos atentados que preveían. En Bretaña se fundó una liga para no pagar las contribuciones exigidas en forma ilegal. En Lorena organizóse otra sociedad por el estilo. La antigua asociación de *Ayúdate y Dios te ayudará* adquirió mayor desarrollo, figurando en ella no sólo liberales y constitucionales, como Guizot y el duque de Broglie, sino elementos más activos y radicales, como Joubert, Godofredo, Cavaignac, Bastide. El país se desvivía por alardear de sus sentimientos liberales. Lafayette fué á visitar la Auvernia, el Delfinado y Lyon. Lo recibieron como á un rey. En Vizille, la pequeña ciudad de donde partió la señal de la revolución en mil setecientos ochenta y nueve, hubo demostraciones que recordaban la gran época. En Grenoble, los habitantes ofrecieron al general una corona de hojas de roble, «como testimonio del reconocimiento del pueblo y como emblema de la energía que los grenobleses desplegarían, imitándole, en la defensa de sus derechos y de la constitución». En Lyon le esperaban diputaciones de las provincias inmediatas, y la población en masa salió á su encuentro. Diéronle un magnífico banquete, donde Lafayette afirmó «que se sentía dichoso al ver cómo la grande y patriótica ciudad se apercebía á resistir las tentativas de la contrarrevolución. ¡Nada de concesiones! recalco, han dicho recientemente los órganos oficiales de ese partido; ¡nada de concesiones! dice á su vez el pueblo francés, que conoce sus derechos y sabrá defenderlos. ¿Cómo se ejecutarán, continuó, los proyectos que amenazan á la nación? ¿Valiéndose de la Cámara de diputados? Esta se mostrará fiel al patriotismo y al honor. ¿Acudiendo á la disolución? Los electores contestarán. ¿Mediante simples decretos? En tal caso, los partidarios de estas medidas se convencerán de que la fuerza de los gobiernos sólo está en los brazos y en el bolsillo de los ciudadanos».

Con el viaje triunfal de Lafayette coincidió, formando elocuente contraste, la fría aco-

gida que se hizo al mismo tiempo en Normandía al delfín y á su esposa. En Cherburgo, las autoridades no pudieron siquiera arreglar un baile en honor de los príncipes.

En el campo liberal se tocaba á rebato; en el meramente constitucional, poco menos. No pocos políticos, de tendencias moderadas, comprendiendo que eran incompatibles la monarquía legítima y el régimen representativo, pensaban en un cambio de dinastía. La historia de Inglaterra se puso de moda. Hablábase de Hampden para tener al pueblo dispuesto á no pagar las contribuciones, y se recordaba á Guillermo de Orange, preparando el advenimiento del duque de Orleans. En mil ochocientos quince, Fouché trató de crear el partido orleanista; en mil ochocientos veintinueve, lo organizaron Talleyrand y el barón de Louis, con Mignet y Thiers, célebre ya por su *Historia de la Revolución*, cuyo primer tomo se publicara en mil ochocientos veintitrés. Los dos últimos, unidos á Armando Carrel, conspirador militar de mil ochocientos veintiuno, que luego se había conquistado merecida fama de escritor brillante y vigoroso, fundaron el *Nacional*, en reemplazo del *Constitucional*. El nuevo periódico apareció el tres de Enero de mil ochocientos treinta, y su tema favorito fué la caída de los Estuardos. «En mil setecientos cuarenta, escribía Thiers, operóse en Inglaterra una gran revolución: Carlos I murió en el cadalso. En mil seiscientos ochenta y ocho no hubo revolución: Jacobo II emprendió la fuga, sin ser perseguido, y todo volvió á entrar en orden inmediatamente... La cuestión se redujo al cambio de una familia por otra». También fué en las columnas del *Nacional* donde Thiers sentó y explanó por primera vez su ingeniosa fórmula de que, en los monarquías constitucionales, *el Rey reina y no gobierna*. «No gobierna, decía, porque no es responsable». La prensa realista, por su parte, en vez de expresarse en términos conciliadores y propios para tranquilizar al país, pedía al ministerio la adopción de resoluciones extremas, como la disolución de la Cámara y de las asociaciones liberales, la reforma de la ley electoral por medio de un decreto y hasta la dictadura. El gabinete parecía presenciar atónito y pasmado el efecto que causaba en el país, y no sabía qué hacerse. Según frase de Guizot, tenía miedo de sí mismo y de la opinión que de él se tenía. Al poco tiempo de constituido, experimentó algunas modificaciones. La Bourdonnaye dimitió, quejoso de que el Rey confiase la presidencia á Polignac; Montbel pasó del departamento de Cultos al de la Gobernación, y Guernon-Ranville entró en Instrucción Pública. No existía entre los ministros unidad de miras, y la idea de gobernar sin parlamento y de modificar por decreto la ley electoral, que halagaba á Polignac, era combatida por Guernon Ranville, como perjudicial para el trono y contraria á la fe jurada. Al fin, el gabinete se decidió á convocar las Cámaras para el dos de Marzo.

Desavenencias, cuyo origen se remontaba á la época de la República, habían conducido á Francia en mil ochocientos veintisiete á declarar la guerra al bey de Argel. Tratábase, por una parte, de un crédito considerable debido á dos negociantes argelinos que

proporcionaran trigos á Francia, el cual crédito había sido regulado de modo distinto á como quería el bey; y, por otra, de quejas formuladas por Francia contra exacciones, actos de piratería y violaciones de antiguos tratados, de que dicha potencia culpaba á los argelinos. Francia, desde la Restauración, estaba bastante mal representada en Argel; pues el cónsul que allí tenía no inspiraba el menor respeto, ni por sus condiciones personales, ni por la conducta que observaba. Cierta día promovióse un altercado entre él y el bey Hussein, quien, arrebatado de ira, dió á su contradictor un golpe en la cara con el abanico. Este incidente determinó el rompimiento. Habiéndose negado Hussein á reparar el insulto, la escuadra francesa bloqueó las costas de Argelia. Al comenzar el año mil ochocientos treinta, hacia ya dos y medio que duraba este bloqueo, peligroso y poco eficaz. Más de una vez pensaron los franceses en un desembarco, considerando muy honroso para su patria el concluir con aquel nido de piratas que infestaban el Mediterráneo; pero les había contenido siempre lo arduo de la empresa. Polignac concibió primeramente la ridícula idea de recabar del bajá de Egipto que se encargara del asunto, enviando un ejército que atravesara los desiertos de la costa de Africa, hasta Trípoli, y de aquí se dirigiese á Túnez y Argelia. Sus colegas le demostraron que este plan era quimérico, y entonces se resolvió, de acuerdo con ellos, á mandar una expedición contra el bey. Carlos X prestó su consentimiento el siete de Febrero. Proponíase Polignac entusiasmar á la opinión con aquella especie de cruzada y distraerla de los asuntos interiores.

El público, sin embargo, no mordió el anzuelo y aguardó ansioso la reunión de las Cámaras, que se abrieron el dos de Marzo, como estaba dispuesto. El Rey deslizó en su discurso frases amenazadoras, como las siguientes: «Pares del reino, diputados de los departamentos, no dudo que me prestaréis vuestro concurso para el bien que me propongo ejecutar y que rechazaréis las pérfidas insinuaciones que esparce la malevolencia. Si culpables maniobras suscitaran á mi gobierno obstáculos que no trato de prever, encontraría la fuerza necesaria para superarlos en mi resolución de mantener la paz pública, en la justa confianza de los franceses y en el amor que éstos siempre han manifestado á su Rey.» La Cámara de diputados contestó al discurso con un mensaje de tonos enérgicos, aunque no violentos ni provocativos, el cual fué aprobado por doscientos veintiún votos contra ciento ochenta, y presentado al Rey por Royer-Collard. «En medio de los sentimientos de respeto y afecto de que vuestro pueblo os rodea, decía la Cámara al Rey, se nota en los espíritus una viva inquietud que turba la seguridad de que Francia había comenzado á disfrutar. Nuestra conciencia, nuestro honor, la fidelidad que os hemos jurado y que siempre os guardaremos, nos imponen el deber de descubrir las causas. Señor, la Carta que debemos á la sabiduría de vuestro augusto predecesor y cuyos beneficios V. M. tiene el firme propósito de consolidar, consagra como un derecho la intervención del país en la deliberación de los intereses públicos... y erige la comunidad permanente entre las miras

políticas de vuestro gobierno y los deseos del pueblo en condición indispensable de la marcha regular de los asuntos... Señor, nuestra lealtad, nuestra adhesión, nos obligan á deciros que esa comunidad no existe... Una injusta desconfianza de los sentimientos y de la inteligencia del país es hoy el pensamiento fundamental de la administración... Entre aquellos que reniegan de una nación tan tranquila, tan fiel, y nosotros, que venimos á depositar con profunda convicción en vuestro seno los dolores de todo un pueblo celoso de la estima y de la confianza de su rey, decida V. M.» El monarca se limitó á responder. «Señores, he anunciado mis disposiciones en el discurso de apertura; mis resoluciones son inmutables; mis ministros os darán á conocer mi voluntad.» Al día siguiente leyó el ministro de lo Interior en la Cámara de diputados un decreto suspendiendo las sesiones hasta el primero de Abril: la derecha dió vivas al Rey; la mayoría guardó silencio; en las tribunas se oyó gritar ¡viva la Carta! El antiguo régimen declaraba la guerra á la Francia moderna.

El primero de Abril se celebró, en la fonda llamada *Las vendimias de Borgoña*, un gran banquete en prueba de simpatía á los doscientos veintiún diputados que votaron el mensaje al Rey. Asistieron setecientos comensales, y Odilon Barrot pronunció un elocuente brindis, en que dijo: «En la lucha empeñada entre la soberanía de las leyes y el imperio de la arbitrariedad, no es dudoso quién vencerá.» El día catorce del mismo mes, Polignac entregó al Rey una relación secreta, donde, reconociendo que el gobierno representativo había entrado en las costumbres de Francia, declaraba que acaso para asegurar su existencia se necesitaría recurrir á una *desviación* ligera y momentánea; y el veintiuno se acordó disolver la Cámara, contra la opinión de los ministros Courvoisier y Chabrol, que dimitieron. El diez y seis de Mayo se publicó el decreto de disolución, convocándose á nuevas elecciones: en los distritos, para el veintitrés de Junio; en los departamentos, para el tres de Julio. La asamblea debía reunirse el tres de Agosto. La medida causó profunda alarma á los amigos más sinceros de los Borbones. «La monarquía, escribió Villele, me produce el efecto de una plaza minada y contraminada en todas direcciones: la más pequeña chispa le hará saltar.» Salvandy, en un baile dado en casa del duque de Orleans, repitió la célebre frase: «Danzamos sobre un volcán.» Los realistas puros se dividieron. La *Gaceta*, órgano de Villele, atacaba con bastante dureza al ministerio, á causa de la defección de Peyronnet, el cual, abandonando á su antiguo jefe, había entrado en el gabinete cuando la última crisis, y Carlos X, irritado, exclamó refiriéndose al inspirador de aquel periódico. «Es peor que Chateaubriand: El Rey miraba con invencible aversión al insigne escritor monárquico, por su altanería y espíritu absorbente.

A medida que las elecciones se acercaban la inquietud era mayor. Carlos X cometió la imprudencia de dirigir un manifiesto á los electores el catorce de Junio, diciéndoles que